

EL PULSO DEL PLANETA

Putin, en pie de guerra contra el rap

El presidente ruso impone medidas de control contra un estilo musical al que acusa de propagar el consumo de drogas entre los jóvenes

RAFAEL MAÑUECO
CORRESPONSAL
EN MOSCÚ



La cruzada del presidente Vladimir Putin contra el rap comenzó el pasado 21 de noviembre en Krasnodar, donde estuvo concentrada la selección española durante el Mundial de Fútbol celebrado este verano. En el Arena Hall debería haber actuado Husky, que en realidad se llama Dmitri Kuznetsov. Es uno de los raperos rusos más conocidos. El evento fue cancelado por decisión de los dueños de la sala aduciendo que habían recibido amenazas de la Fiscalía y de las autoridades locales de posibles multas si se superaba el aforo u observaban cualquier otro tipo de irregularidad. Así que Husky decidió que su concierto tendría lugar en la calle. Se subió a un vehículo, comenzó a la fiesta. Aparecieron agentes de paisano y policías de uniforme. Detuvieron a todos los componentes del grupo. Como no encontraron nada mejor de qué acusarles, se quedaron solo con Husky por «causar daños» al automóvil al que se encaramó. Después el juez le condenó a doce días de prisión.

Parecía un caso aislado, pero no. Las prohibiciones de conciertos de rap y posterior arresto de los músicos se produjeron en cascada tras lo sucedido en Krasnodar. Nadie comprendía qué estaba pasando y de dónde venían las órdenes de cancelar los conciertos de rap y hip-hop. Las administraciones locales no querían dar explicaciones, los funcionarios del Kremlin aseguraban



Putin, el pasado viernes en un concierto de música clásica

EFE

no tener nada que ver con tales prohibiciones y hasta el Ministerio del Interior salió a decir que no tenía instrucciones de actuar contra los raperos.

Líderes opositores y medios críticos con el poder señalaron al Kremlin y al FSB (antiguo KGB) como responsable de esta nueva ola de censura, que calificaron de «idiotez» de burócratas que no sabe hacer otra cosa que prohibir y reprimir. La indignación popular a través de las redes sociales, sobre todo de los más jóvenes, forzó que Husky fuera puesto en libertad antes de cumplir los doce días de condena.

Pero todo se aclaró el sábado durante una reunión que mantuvo Putin con su Consejo de Arte y Cultura. Interventó Ígor Matviyenko, uno de los asesores adscritos al comité, proponiendo crear un mecanismo de orientación a los padres cuando sus hijos se empe-

ñen en asistir a conciertos de rap «una música que viene de Estados Unidos», subrayó. Putin le interrumpió y le dijo que «usted ha señalado que el rap y todas esas cosas modernas se basan en tres pilares: sexo, drogas y protesta. De las tres, la que más me preocupa son las drogas (...) son el camino directo a la degradación de la Nación».

El máximo dirigente ruso llamó también la atención sobre el lenguaje que emplean los raperos y, en general, todos los intérpretes de estilos musicales «agresivos», incluyendo el rock duro. A su juicio y según los consejos recibidos de una lingüista, tendrían que existir una regulación sobre las palabras que no deben usarse en las letras de las canciones.

En definitiva, Putin dijo que «si no es posible parar algo, tienes que subirte al carro y controlarlo».

VISTO Y NO VISTO



IGNACIO
RUIZ-QUINTANO

LA MANTA

El consenso es la cándida ilusión española que cree haber descubierto una manera caballeresca de tirar de la manta sin llevársela

El filósofo alemán Peter Sloterdijk ha dicho en «Le Point» que el movimiento francés de los chalecos amarillos «expresa de manera clamorosa la gran crisis de la representación en que estamos inmersos».

La representación no puede estar en crisis por la sencilla razón de que en Europa nunca ha existido, aunque cómo estará la cosa para que un socialdemócrata como Sloterdijk apunte a la ruina europea del principio representativo.

Por decir eso, aquí los flabelíferos del consenso todavía te llaman fascista. Europa, como sabemos por Zapatero, es el consenso, ese concepto (negador, por definición, de la representación, que es decir de la democracia) que Fernández de la Mora pusiera en circulación en los 60.

Si el «fair play» era la cándida ilusión inglesa que creía haber descubierto una manera caballeresca de pescar truchas y cazar zorras, el consenso es la cándida ilusión española que cree haber descubierto una manera caballeresca de tirar de la manta (¡en Andalucía!), sin percatarse de que el Estado de Partidos, si tira de la manta, es para repartírsela.

En los 70 hubo un pleito ruidoso entre el abogado García Trevijano, apoderado del diario «Madrid», y el director de «Pueblo», Emilio Romero, que le atacó con un «Tirando de la manta» en su periódico; el abogado respondió que si el periodista tiraba de la manta, sería para llevársela; y el periodista se querelló por injurias. El abogado reveló luego que Tarancón, cardenal, pero enredador, le llamó entonces para contarle que de su época de párroco en Burriana recordaba un caso judicial por desaparición de unas mantas en un sanatorio dirigido por Romero en los 40. El abogado negó que injuriara al periodista con el argumento del debate Lincoln-Douglas: Douglas llamó indeciso a Lincoln comparándolo con el asno de Buridán; Lincoln respondió que, en tal tesitura, Douglas se comería los dos haces de heno a la vez.

¡Y con eso Lincoln no está llamando comedor de paja a Douglas!

Nadie en Andalucía va a tirar de la manta.

Verbolario

POR RODRIGO CORTÉS

Verdad, f. Droga que genera curiosidad, pero raramente dependencia.

